



LOS TURCOS EN ALGUNOS HUMANISTAS
DE COMIENZOS DEL SIGLO XVI*

Luis Rojas Douat
Universidad del Bío-Bío

I. SITUACION DEL ORBIS CHRISTIANUS

Desde fines del siglo XIII un conglomerado de comunidades turcas islamizadas viene imponiéndose en las zonas de influencia del Imperio bizantino. El avance arrollador que se advierte en este grupo de vigorosos y fanáticos "combatientes de la fe" (*ghazid*), parece explicarse, entre muchas razones, en la pecariedad de elementos teológicos de su religión lo que permitió reunir a grupos con diferencias religiosas: suníes, chiíes, cristianos y paganos. En el siglo XIV el movimiento guerrero ghazí presentaba una concordia interna en contraste con las luchas intestinas de los demás pueblos musulmanes. Durante este siglo, los otomanos no encontraran en su enfrentamiento con el Imperio, sino *basileis* decadentes lo que se verá favorecido por la inexistencia de ninguna gran cruzada occidental para defender esta parte de la Cristiandad. Además, los primeros otomanos supieron ganarse –de grado o por la fuerza– no sólo la cooperación de ciertos indígenas hostiles, sino la neutralidad de la mayoría. Las exigencias, una vez pasada la conquista, no parece que hayan sido más arbitrarias que

* Al profesor Dr. Héctor Herrera Cajas por su permanente estímulo y su exigente sabiduría, y al que me une una amistad que me honra. Parte de la bibliografía de apoyo, directa o indirectamente relacionada, pude consultarla en su magnífica biblioteca particular.

las impuestas antes por Constantinopla o por los Estados latinos.

A comienzos del siglo XV la impericia de gobernantes ineptos hizo que el Imperio otomano se viera envuelto en una crisis profunda provocada por la invasión de Timur Leng (1336-1405), descendiente por la línea materna de Gengis Kan, llamado en Occidente *Tamerlan*, que se proclamó restaurador del Imperio mongol. En la batalla de Ankara (1402) derrotó a los otomanos y los convirtió en vasallos, hundiendo momentáneamente su hegemonía en Asia Menor. Este esporádico eclipsamiento fue visto por los reyes cristianos en Occidente como un gran alivio después de espantosas derrotas, y para el Imperio bizantino –comenta René Grousset– le asegurará una supervivencia inesperada de medio siglo antes de su caída (1402-1453). De este modo, sin tener control sobre los acontecimientos, Bizancio será el principal beneficiario de las victorias de Tamerlan en el Asia menor¹. No obstante, el Imperio turco volvió a organizarse en la figura de Mahomet I, y desde entonces, las conquistas no dejarán de sucederse. Una de ellas, victoria turca de amargas repercusiones para Europa, fue la librada en Varna en 1444, donde las numerosas tropas jenízaras derrotaron al ejército húngaro. Dada su situación geográfica, Hungría habría de convertirse en el antemural defensivo para la expansión otomana en Europa. Era la garantía de Occidente en ese momento y lo será en el siglo siguiente².

La toma de Constantinopla en 1453 por las tropas de Mahomet II (1451-1481), fue un acontecimiento aciago para el *orbis christianus*. No era sólo el quiebre definitivo de una instancia política ya desgastada militarmente, sino que, como ciudad-símbolo, significaba el hundimiento de una tradición milenaria, de un pasado prestigioso y de una forma de vida; desde otro punto de vista, implicaba el desaparecimiento de una antesala relativamente libre para penetrar en zonas extraeuropeas en dirección de Asia. Significaba, además, el advenimiento de un bloqueo comercial entre Oriente y Occidente, a consecuencia de lo cual Europa, tras superar las primeras contracciones, decide intensificar su presencia en el Mediterráneo occidental en dirección del Atlántico. La capitulación de Constantinopla instó a Mahomet II a autoproclamarse *Asiae et Graeciae Imperator*³.

¹ Sobre Tamerlan, René Grousset: *L'Empire des steppes. Attila. Gengis Khan. Tamerlan*. (Paris, 1960) pp. 486-446, especialmente atinente pp. 526-33. Del mismo, su *L'Empire du Levant. Histoire de question d'Orient* (Paris, 1949) pp. 619-23.

² Acerca de las etapas de la conquista turca en el Levante, indispensable René Grousset: *L'Empire du Levant...* pp. 594-625. Sobre Hungría, F. Brachfeld: *Historia de Hungría* (Barcelona, 1957). B. Hóman: *Hungary 1301-1490* en *The Cambridge Medieval History* (Cambridge, 1964) vol. VIII, cap. XIX. V.J. Parry: *El Imperio otomano 1481-1520* en *Historia Moderna Cambridge* (Barcelona, 1976) vol. I, cap. XIV.

³ Cfr. René Grousset: *L'Empire du Levant...* pp. 626-648. Tb. 1453-1953 *Le cinquième anniversaire de la Prise de Constantinople* en *L'Hellenisme Contemporaine. Revue bimestrelle* (athenes, 1953), interesante es el artículo de N. Tomadakis: *Répercussion immédiate de la prise de Constantinople*, pp. 55-68.

Tan durísimo golpe hizo trepidar las iniciativas de contraofensiva en Occidente, pues los encendidos ruegos del Papa Nicolás V (1447-1455) no fueron acogidos por ningún monarca cristiano. A 30 de septiembre de 1453, el pontífice publicó la bula para la cruzada contra los turcos y contra el sultán Mahomet, al que definía como precursor del Anticristo. Pero los gobiernos europeos andaban sobradamente discordes entre sí, y además, eran ya insensibles a aquellos sentimientos de fe que habían levantado el entusiasmo para las cruzadas⁴. La Cruzada era una aspiración política ligada indisolublemente al ideal caballeresco que traspasaba a los círculos aristocráticos, y que a pesar de las disensiones internas del *orbis christianus*, el ideal de "Jerusalem" persistía latente. Sin embargo, la amenaza turca era un asunto distinto, pues aunque se trataba de infieles, Jerusalem no tenía cabida en esta empresa de índole principalmente política. Con todo, el Papado trató de aunar voluntades y corazones usando el expediente de la cruzada que había provocado antes tantas adhesiones; entendía –y procuró hacerlo entender– la operación anti-turca como una etapa de la grande y sagrada empresa en la que habían fracasado sus antecesores. El pueblo compendió perfectamente esta vinculación porque la Europa medieval no conoció, sino tardíamente, otros infieles que no fueran los judíos, perseguidos en todas partes durante los siglos XIV y XV, y los musulmanes, enemigos seculares de los cristianos (nación *summa culpabilis*) y en estado permanente de guerra santa contra éstos, con excepción de aquellos mudéjares sometidos en los reinos españoles, con un estatuto jurídico especial⁵. Esto prueba, una vez más, que la lucha contra los infieles –la "guerra romana"– era una sola tarea, en la que el hombre medieval no advertía matices ni excepciones; se trata de una guerra total en la que no se debía salvar la vida de los enemigos, ni liberarlos a cambio de rescate, sino que podían ser legítimamente muertos o reducidos a la esclavitud: todos los infieles eran, entonces, enemigos de Cristo y luchar contra aquellos que oponen resistencia, constituía una tarea piadosa y honesta, como había sentenciado a principios del siglo XV, el fervoroso obispo de Burgos Alonso de Cartagena: *pugnare contra infideles resistens est pium et honestum*⁶. En este mismo

⁴ C. Castiglioni: *Historia de los Papas* (Barcelona, 1963) vol. II, p. 147.

⁵ He estudiado el tema de los infieles en un contexto más amplio en mi artículo *Infidelitas, trayectoria de un concepto en los siglos XIV y XV* en *Revista de Estudios Histórico-jurídicos*, UCV (Valparaíso, 1986) N^o XI, pp. 215-241. T^b P. Alphandery, A. Dupront: *La Cristiandad y el concepto de Cruzada* (México, 1962) 2 vols. Sobre los mudéjares, Americo Castro: *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (Buenos Aires, 1948) y *La realidad histórica de España* (México, 1945). C. Sánchez, Albornoz: *España, un enigma histórico* (Buenos Aires, 1956).

⁶ Vid. J. Hoeffner: *La Etica Colonial del siglo de oro* (Madrid, 1957). C. Delacampagne: *Racismo y Occidente* (Barcelona, 1983). A. Vanderpol: *La doctrine scolastique du Droit de Guerre* (Paris, 1949). J. van Kan: *Régles générales du Droit de la Paix*. Academie de Droit International. Réceuil de Cours, vol. 72. H.J. Laski: *Political Theory in the Later*

sentido, el Papa Calixto III (1455-1458) intentó mantener vivo este espíritu de guerra sagrada, porque entonces pervivía el vigor de la sentencia de Enrique de Susa, cardenal de Hostia (1296-1366) de que en la guerra Santa no había tregua, ya que debía hacerse todos los días⁷.

Conquista tras conquista, el Imperio otomano se constituyó en un bloque homogéneo cuyo dominio se extendía en Asia, sobre Anatolia, y en Europa, sobre la península de los Balcanes, esto es, Grecia, Bulgaria, Serbia, Albania, Bosnia, Herzegovina, así como los principados vasallos de Moldavia y Valaquia. Un imperio extraeuropeo nació a lo largo de la segunda mitad del siglo XV, un imperio sin fisuras, un Estado despótico en el que teóricamente no existía obstáculo alguno a la voluntad del soberano. La conquista de Constantinopla y la ocupación de todos los predichos territorios, generaron entre sus súbditos cristianos la imagen de que éste era el legítimo sucesor del *basileus* bizantino. Mahomet II, Bayaceto II, Selim y Solimán representan la sucesión que lleva a este imperio a eclipsar la unidad del mundo cristiano de Occidente en el siglo siguiente.

Extremando la síntesis, el siglo XVI otomano en su contacto con el *orbis christianus* tiene como figura eminente a Solimán el Magnífico que retomó la lucha contra los cristianos. Con las espectaculares batallas de Belgrado (1521) y Rodas (1522) caían las dos barreras de la Cristiandad consideradas inexpugnables, la segunda de las cuales significó la ruina de la navegación cristiana en el Mediterráneo oriental. Como La Puerta no era una potencia naval, se sirvió de los piratas berberiscos norteafricanos extendiendo así su esfera de poder sobre una porción del área del Africa septentrional. *Kheir-ed-Din Barbarroja*, almirante del Sultán, había fundado a partir de 1518 el Estado berberisco de Argel, logrando crear una poderosa milicia —el *odjak*— integrada por jenízaros procedentes de Turquía, y era, por lo tanto, un constante peligro para las costas de Italia y España. Con un poderoso ejército en las llanuras de Hungría y una potente escuadra en el Mediterráneo, el Turco ponía en evidencia la urgente necesidad de que el *orbis christianus* se uniera ante el imperialismo infiel⁸.

Middle Ages en *The Cambridge Medieval History* (Cambridge, 1964) vol. VIII, cap. XX. La cita en A. García Gallo: *Las Bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en Africa e Indias*. Anuario de Historia del Derecho Español (Madrid, 1958) vol. 27-28, apéndice 5.

⁷ C. Castiglione: *Historia de los Papas* (Barcelona, 1963) vol. II, p. 152. J. Pirenne: *Les Grands courants de l'Historie Universelle* (Paris, 1950) vol II, p. 309. F. Braudel: *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (Paris, 1966) vol. II, pp. 11-18. A Vanderpol: *La doctrine scolastique...* p. 225.

⁸ T. Gökbilgin: *La politique ottomane devant la reforme*. XIV International Congress of Historical Sciences (San Francisco, 1975). Indispensable Ramón Menéndez Pidal: *Historia de España* (Madrid, 1966) vol. XVIII "La España del Emperador Carlos V (1500-1558)" por Manuel Fernández Alvarez. P. Renouvin: *Historia de las relaciones internacionales* (Madrid, 1967) vol. I "Tiempos Modernos" por G. Zeller, pp. 299-308 y 383-

Con la derrota cristiana de Belgrado los acontecimientos siguientes toman dos direcciones: por un lado, marcó el comienzo del gran conflicto entre Francisco I y Carlos V, mientras que por otro, provocó la estrepitosa derrota del rey de Hungría y Bohemia, Luis II Jagellón, que muere junto con la flor de la nobleza magiar en Mohacs (1526). Esta derrota infligió en la Cristiandad un miedo tan generalizado que diariamente, con el *angelus*, se oraba por la suerte de los cristianos⁹. Hungría quedó en poder de los turcos durante 150 años, período durante el cual, y hasta más tarde, el país se transformó en un solo campo de batalla constante¹⁰.

Como toda conquista, la invasión turca se realizaba en detrimento de la población sometida. Después de la batalla de Kónssovo, muchos millares de servios fueron vendidos como esclavos en los mercados de la Cristiandad. La conquista imponía un nuevo orden, una *pax turcica*. Esta paz hizo crecer dentro del orbe cristiano el prestigio turco ya bastante enaltecido tras la conquista de Constantinopla y el avance ininterrumpido hacia el centro de Europa. Un escrito francés anónimo de 1528 refleja la impresión de Occidente: *Le pays est sûr et il n' y a nouvelles de nuls raptours... ni détoursseurs de grands chemins... l'Empereur ne tolère nul détoursseurs ni voleur*¹¹. Algo de verdad tenía que haber, necesariamente, en este cuadro —dice Fernand Braudel—, puesto que a los ojos de los cristianos, el Imperio turco aparecía siempre como algo admirable, incomprensible y desconcertante por el orden que en él reinaba. Su ejército causaba maravilla en los occidentales por su disciplina y su silencio, tanto como por su valentía, por la abundancia de municiones y el arrojo y sobriedad de sus soldados. En general, junto a la impresión de admiración que provocaba al aspecto monolítico de este imperio, no impedía que los cristianos los aborrecieran por ser infieles, *beau coup pis que des chiens dans toute leurs oeuvres* se decía en 1526¹².

387. B. Hóman: *Hungary 1301-1490* en C.M.H. (Cambridge, 1964) vol. VIII, cap. XIX. L. Pereña: Estudio preliminar a *De Indis* de Francisco de Vitoria (Madrid, 1967).

⁹ El obispo de Badajoz escribía al Emperador a mediados de diciembre de 1526, informándole que frecuentemente *todos rogamos a Dios en oraciones, sacrificios, plegarias y en procesiones, que se han hecho con mucho heruor et deuoción...* Posteriormente, Carlos V pedirá a todas las figuras del alto Clero español, oraciones y sacrificios para que las *conquistas de infieles* le fueran propicias (julio de 1523). M. Fernández Alvarez: *Corpus documental de Carlos V* (Salamanca, 1973) I, doc. XXV, p. 120, 370 y 377.

¹⁰ F.O. Brachfeld: *Historia de Hungría* (Barcelona, 1957) cap. X.

¹¹ "El país seguro, y no hay noticias de ningún raptor... ni salteadores de caminos... el Emperador no tolera ningún raptor ni salteador", en F. Braudel: *La Méditerranée...* vol. II, p. 15. Sobre la conquista turca de los Balcanes, me referiré más adelante.

¹² "mucho peor que los perros en todas sus obras", en F. Braudel: *La Méditerranée...* vol. II, p. 15. Vid Tb. H.H. Schaefer: *El Estado otomano desde su nacimiento hasta fines del siglo XVII* en *Historia Universal* dirigida por W. Goetz (Madrid, 1966) vol. V. pp. 563-607.

Era el clima religioso del siglo que comenzaba a manifestarse con claridad en la Europa. Una fuerte crispación de los sentimientos consumía a los católicos, particularmente a los españoles. Europa caminaba rápidamente a la más radical de las intolerancias, especialmente en materia religiosa, que era entonces, probablemente, el más grave y peligroso de los problemas internos de la Cristiandad que debía resolver Carlos V. La documentación transpira la urgente necesidad de solucionar el grave problema religioso de Alemania, cuya resolución se visualizaba en la convocación a un Concilio. Pero la tardía celebración de éste se debió a la renuencia de Clemente VII (1523-1534) a convocarlo. Temía el Pontífice que se renovasen los desórdenes, escándalos y cismas de los concilios de Constanza, Pisa y Basilea, algunas inteligencias como Francisco de Vitoria (1492-1546), consideraban que un concilio celebrado en tiempos tan revueltos parecía ir directo al fracaso, si los príncipes cristianos –particularmente, Francisco I y el Emperador– no renunciaban al uso de la fuerza y solucionaban sus diferencias acudiendo al criterio, al bien común y, sobre todo, al Derecho. *Yo por agora –escribe al Condestable de Castilla, Pedro Fernández de Velasco en 1535– no pediría a Dios otra merced, syno que ficiese estos dos principes verdaderos hermanos en la voluntad como lo son en devdo, que sy esto oviese no abría más herejes en la Yglesia, ni aún más moros de los que ellos quisieren, y la Yglesia se rreformaría quisier el Papa o no; y fasta que esto yo vea ni daré un maravedí por Concilio, ni por todos quantos ni yngenios se ymaginaren*¹³. Solamente existía una salida –sostiene Manuel Fernández Alvarez–, que era la anhelada por buena parte del luteranismo alemán, esto es, que Carlos se hubiera convertido en el jefe cismático de la Iglesia germana, pero tal directriz iba contra su conciencia. Ello explica que las opiniones de Erasmo –que ya examinaremos–, tan populares en los círculos humanistas, acaben perdiendo autoridad y caigan en el olvido coforme se avanza en el siglo¹⁴. Las discordias, intrigas y sospechas entre Carlos V y Francisco I, y después entre Felipe II y Enrique II, que consumían las fuerzas de los cristianos, indudablemente, repercutían en la defensa de Europa en lo referente a su flanco oriental, pues todavía en 1545, los obispos reunidos en Trento rogaban y suplicaban a Carlos V y Francisco I que se dignasen superar *las discordias que tenían a una piadosa alianza y amistad, prestasen auxilio a los negocios de la Cristiandad que se arruinaban*¹⁵.

¹³ L.G.A. Getino: *El Maestro Francisco de Vitoria* (Madrid, 1930) pp. 361-64. Tb. Edo. de Hinojoza: *Estudios sobre Historia del Derecho Español* (Madrid, 1903) pp. 246-50.

¹⁴ M. Fernández Alvarez: *Corpus documental...* vol. I, P. 231.

¹⁵ "...et dissidis ambo unum foedus, et piam amicitian vellent convenire labentibusque succurrere christianis rebus". Concilio de Trento (Madrid, 1817) trad. J. López de Ayala, texto latino de 1564, p. 6. Por su parte, Juan Luis Vives, en una epístola al Papa Adriano en 1522, expone la misma preocupación. Vid. *De Europae statu ac tumultibus en Opera omnia* (Valencia, 1784) vol. II, p. 170. Juan Ginés de Sepúlveda se expresa

II. INSEGURIDAD MATERIAL Y DESORDEN ESPIRITUAL

Si se es sensible a los testimonios de los contemporáneos de la primera mitad del siglo XVI, la situación de Europa era verdaderamente angustiante y bordeaba en el pánico. Una ingente literatura aparecida entonces, permite medir la importancia de esta realidad tan apremiante para el *orbis christianus*.

Carlos IX de Suecia en carta al barón de Fourquevaux, Raymon de Beccarie de Pavie (1509-1574) hacía eco de la impresión popular: "*Cette armée qu'a le grand Seigneur (Solimán) est d'une force indicible et ne l'estime pas moins de trois cent mille combattans armés á leur mode avec une si extrême quantité d'artillerie et de toutes autres munitions que c'était chose epouvantable*"¹⁶. Por su parte, el militar francés Francois La Noue (1531-1591), llamado *bras de fer*, no disimulaba las cualidades morales de aquel ejército, ni la perfección de su armamento –algo antiguo–, ni la importancia de sus efectivos que hacían aparecer las guerras entre cristianos como *petites guerres*. Por muchas otras razones, no podían concluir sino que "en suma, son enemigos muy poderosos" (*en somme, ce sont des ennemis très puissants*)¹⁷. El libro de La Noue resulta muy interesante, precisamente, por el esmero que aplica en la descripción de la expedición que habría de luchar contra los turcos.

Asimismo, no sólo en Francia se sabía de la potencia de la Sublime Puerta, sino en España donde los acontecimientos se seguían de cerca gracias a la audacia de los embajadores de la zona oriental que informaban con mucho sigilo –especialmente los acreditados en Constantinopla–, poniendo en riesgo su misión, y quizá su vida, para advertir a la Cristiandad de los aprestos militares del belicoso Solimán¹⁸.

El avance vertiginoso iba acompañado de un despliegue de poder que impresionaba a los cristianos cuando se enteraban de la forma que, por ejemplo, había entrado por las llanuras húngaras. Cuenta, poco tiempo después, el historiador Prudencio de Sandoval (1553-1620):

con el mismo interés, aunque con un tenor distinto, en su exhortación al Emperador *Cohortatio ad Carolum V, ut facta cum christianis pace, bellum suscipiat in turcas* en *Opera Imnia* (Madrid, 1780) vol. IV, pp. 358-374. Vid F.C. Spooner: *La pugna entre los Habsburgos y los Valois en Historia Moderna Cambridge* (Barcelona, 1976) vol. cap. XI, pp. 227-244.

¹⁶ "Este ejército que tiene el gran Señor es de una potencia increíble, y no se le estiman menos de unos 300 mil soldados armados a su manera, con una cantidad de artillería tan grande y toda suerte de municiones, que es una cosa asombrosa", en A. Gardot: *Le Droit de la Guerre*. Academie de Droit International, Réceuil de Cours, vol. 72, p. 507.

¹⁷ *Ibidem*, p. 507. La Noue publica en 1587 sus *Discours politiques et militaires*, donde expone sus ideas acerca de las guerras de religión, con un espíritu de tolerancia y un amor por la paz, singular en un hombre que fue toda su vida un soldado.

¹⁸ M. Fernández Alvarez: *Corpus documental...* vol. I, p. 363.

"Entró Solimán por Hungía con el mayor ejército que se ha visto, tanto, que le dan algunos trescientos mil combatientes, y más de docientos mil á caballo: y otros se alargan a quinientos mil de toda manera, y ciento veinte piezas gruesas de artillería. Llegó a Belgrado con esta potencia, vestido con una aljuba de carmesí bordada de oro, con puñal y cimitarra de precio excesivo, en un caballo bayo ricamente aderezado. Venían con él sus visires, bajás y Abraïno su gran privado y luego doce mil cortesanos y de oficio en casa y corte"¹⁹.

En Alemania, donde se mezclaban otros problemas, también se propagaba un clima de inquietud e inseguridad causado por el temor a quedar bajo el dominio de Solimán. Como a muchos, los turcos fueron para Lutero una verdadera fobia; temía la posibilidad de una invasión, porque ella daría pie a sus adversarios para esgrimirla como argumento de un castigo divino por su "herejía". Lutero siempre asoció el tema de los turcos al del Papado, como lo demuestran su *Charlas de Sobremesa*: "El espíritu del anticristo es el papa, su carne el turco... éste devasta corporalmente a la Iglesia y aquel lo hace espiritualmente... el papa es un mentiroso y el turco un homicida"²⁰. De su viaje a Roma en 1510-1, el reformador concluye: "...el diablo ha puesto su asiento en Roma. En Constantinopla tiene a su bajá, pero el papa es peor que el turco"²¹.

Hasta esa región hubo de llegar igualmente, en 1532, el rumor de que el Papa, por miedo a una invasión turca, había ido a refugiarse a su feudo de Avignon, como se percibe en la carta de Lutero a Nicolás Amsdorf en junio de ese año. Los temores no le parecían infundados, pues, el turco —decía— avanzaba contra Alemania con un ejército "terrible e inconmesurable", con el objetivo de atacar simultáneamente a Fernando y al Emperador Carlos y deshacerse de los dos hermanos²².

La milicia de los jenizaros, animados por un fanatismo guerrero y religioso constituían las fuerzas de choque, donde —según Ginés de Sepúlveda (1490-1573)— residía toda la fuerza del ejército (*in quibus totum exercitus robur consistit*). De hecho, en Mohaca la caballería magiar, después de haberse impuesto sobre varias unidades turcas, fue derrotada por la artillería y la infantería de los jenizaros. Ello porque *los turcos superan a nuestros sol-*

¹⁹ Prudencio de Sandoval: *Historia de la vida y de los hechos del Emperador Carlos V.* (Madrid, 1846) lib. XX, cap. VI. Este historiador benedictino escribe la citada obra entre 1604-6. La descripción es impresionante por su extensión y reiteración. Casi todos los capítulos del libro XX están dedicados a Solimán.

²⁰ Martín Lutero: *Obras* (Salamanca, 1977) Ed. de Teófanos Egido, pp. 450-1; vid. tb. p. 343.

²¹ *Ibidem*, p. 429; 411.

²² Los escritos más importantes de Lutero sobre los turcos, a los que no he tenido acceso, son: "Sobre la guerra contra el turco"; "Arenga contra los turcos", ambos de 1529; "Exhortación a la oración contra los turcos" de 1541.

dados por tres razones –dice Paolo Giovio (1481-1552)–: *obedecen a sus jefes con prontitud, no muestran la menor preocupación por su vida en la batalla y pueden vivir durante mucho tiempo sin pan y sin vino, pues se contentan con cebada y agua*²³. Esta milicia tenía una disciplina férrea que cohesionaba a las huestes, extraídas en parte de los mismos cristianos. En efecto, cada cinco años los turcos exigían el *impuesto de sangre* y tomaban de los países conquistadores el 20% de los hijos de los cristianos, escogiendo los más robustos para luego ser educados en la religión musulmana. Se transformaban en soldados profesionales, uniéndose a las enormes huestes del Sultán, en las que, no obstante, el mismo Ginés de Sepúlveda, veía un "gran rebaño de ganado" (*magnum pecudum gregem*). Esta es la institución del *devchirmeh*, "la leva de niños", que son reclutados, además del ejército, para esclavos personales del soberano (volveremos sobre esto más adelante).

Así, pues, Solimán podía mantener todo este despliegue de poderío debido a que sus ingresos ordinarios superaban anualmente los siete a ocho millones de ducados, esto era, prácticamente, el doble de lo que podía disponer Carlos V. Ello explica que el Turco pudiera despachar sin esfuerzo y sin gasto más de cien galeras al mar, y en cambio, Carlos V, nunca más de sesenta²⁴. En efecto, el Sultán percibía el diezmo de los musulmanes y la capitación de los cristianos, disponía de los ingresos aduaneros, de los tributos pagados por los vasallos y vencidos y del botín de guerra. En esto radica que en sus dominios sobre las poblaciones cristianas, los turcos dieran pruebas de cierta tolerancia religiosa –en ningún caso política– sin que se intentara convertirlas sistemáticamente al Islam, debido a que las con-

²³ Paolo Giovio: *I Commentari delle cose de'Turchi* (Venezia, 1531) que aparece posteriormente en edición latina con el título *Turcicarum Rerum Commentarius Pauli Iovii Nucerinii ad Carolum V* (Paris, 1537) y otra de Wittemberg, 1537, con el título *De rebus gestis et vilis Imperatorem Turcarum*. Al igual que muchos humanistas, exhortaba a los príncipes cristianos a establecer la concordia necesaria para ir, juntos, contra los turcos; dedicábase, además, a pensar en los medios y los pasos a seguir en esta lucha.

Me ha sido imposible ubicar esta obra que sólo he conocido por M. Bataillon *Erasmus y España* (México, 1950) passim. También del mismo la recopilación de artículos bajo el nombre de *Erasmus y el Erasmismo* (Barcelona, 1983) pp. 289-290. La cita se encuentra en J.R. Hale: *Historia Moderna Cambridge* (Barcelona, 1976) vol. I, cap. XVI, p. 332.

²⁴ O. Ferrara: *El siglo XVI a la luz de los embajadores venecianos* (Madrid, 1952) p. 296 citado por L. Pereña en introducción a *De Indis*, p. 31. L. von Ranke: *La Monarquía española de los siglos XVI y XVII* (México, 1946) p. 257. R. Mounier: *Los siglos XVI y XVII en Historia General de las Civilizaciones* dirigida por M. Crouzet (Barcelona, 1963) vol. IV, p. 128. Carlos V escribía a Isabel desde Ratisbona en julio de 1532: *En lo que es menester para hauer dineros, le ruego quanto puedo mande que se entienda con gran diligencia, como tengo escrito porque lo que es necesario y se gasta en esta empresa es tanto que no puede bastar todo lo que se puede hauer. Yo stoy en muy gran trabajo. A su hermana María le escribía en abril de 1532: Il faut argent, et ce qu'il y a esy peu. A todas partes pedirá: a Castilla especialmente, a Francia, a los Países Bajos, incluso estaba dispuesto a pedirle a Enrique VIII de Inglaterra. M. Fernández Alvaréz: *Corpus documental...* vol. I, p. 373 y 348, respectivamente.*

versiones masivas disminuirían el producto de los impuestos.

El ambiente de angustia que se percibe en las relaciones epistolares de aquel tiempo, no pueden dejar de mencionarse porque son una fuente riquísima para la reconstrucción de esta atmósfera. La enorme potencia militar turca que informaban los embajadores y espías, hizo necesario oponer un contingente importante en la Europa sur-oriental como antemural defensivo. Estas tropas, no siempre nacionales, hubieron deser contratadas como mercenarias. Las continuas dificultades económicas de los Habsburgo para pagar estas tropas se mezclan con el clima de angustia ante las victorias de Belgrado y Buda. Fernando I escribe a Martín de Salinas, en el otoño de 1529, exponiéndole la situación, casi fuera de control en que se encontraba:

Las tropas se han amotinado lo más desvengorçadas y desonestamente que nunca se vió pidiendo cinco a seis pagas sin deuírseles una entera... y cobre esto están tan desacatados y desconcertados que no basta razón ni justicia y los capitanes andan escondidos huyendo de ellos porque no los maten, que lo han ya intentado se hazer, y dan bozes deziendo en su lengua: "o sangre o dinero", amenazando que no dándoles lo que piden saquearan la ciudad²⁵.

Verdaderamente —dice Manuel Fernández Alvarez— las dificultades para Fernando nunca cesaban: estando desarmado la amenaza turca era inminente; aprestado, en cambio, con un poderoso ejército la falta de dinero le ponía a merced de sus propias tropas que, como mercenarias, amenazaban con saquear sus Estados²⁶. Por esto, concluía Fernando, los peligros y daños que he dicho y otros muchos están en la mano, no pagando esta lo que piden (ibidem). Además, se unía a este peligro la momentánea retirada de los turcos, puesto que no existiendo el peligro inmediato de la ofensiva infiel, las tropas de Fernando permanecían ociosas usufructuando sin escrúpulos la estancia y la comida²⁷.

El eximio latinista cordobés Juan Ginés de Sepúlveda publicitó a los europeos, en 1529, el sistema de dominación turco, especialmente el de aquellas regiones de la Europa oriental. El régimen de ocupación consistía en una tiranía que había conculcado los derechos más sagrados del hom-

²⁵ M. Fernández Alvarez: *Corpus documental...* vol. I, doc. 47, pp. 179-181.

²⁶ Ibidem, p. 181

²⁷ "...han comido todo el tiempo que han estado en la uilla y tengo yo de pagarles a sus dueños que es una gran suma... asy que estamos en más trabajo que antes, y era ventaja tener al Turco delante porque hauía defensa contra él, de la cual carecemos contra estos". Ibidem, p. 180. Entonces por doquier en Europa se levantan estas lamentaciones tanto contra las tropas mercenarias como contra los ejércitos oficiales, ambos detestados por el pueblo, ya que consumían devastando y avanzaban matando.

bre. La libertad había sido extirpada de la mente de los súbditos cristianos; para desterrar toda ocasión que condujera a la libertad, se tenía prohibido el estudio de la Filosofía y las Letras, las que animan a todo hombre a romper las ataduras injustas y acercarse a la verdadera religión²⁸. Los ciudadanos eran compelidos a trabajos indignos que generaban una vida miserable, acaso con lo necesario para subsistir, por el pago de tributos²⁹. Los turcos habían matado toda ilusión por la vida. Les tomaban a sus hijos en edad temprana para instruirlos en la religión musulmana y así crear una milicia guerrera fanática al servicio de la impía tiranía: los jenízaros³⁰.

Sepúlveda era partidario de la lucha contra los turcos. Una vez concluída la paz entre los príncipes cristianos, que era –según él– el primer imperativo de Carlos V, la Cristiandad debía organizar no sólo la defensa de la religión, sino que la situación aconsejaba considerar el peligro como una amenaza a la civilización cristiana occidental, construída con el esfuerzo de más de dos milenios, Todo este fondo histórico-espiritual quedaba contenido en el concepto *christianorum respublica*, que se aprecia de continuo en su opúsculo. La urgente guerra le parecía *iustissima et plena pietatis*, tanto que incluso no se aprecia un razonamiento tan esmerado y metucioso para justificar la licitud de la guerra contra los turcos infieles; en verdad, esta lucha era para él, un *bellum per se iustum*, que la mínima conciencia humana consideraba razonable:

²⁸ *Quibus primum omnium ad tollendas omnes verae libertatis occasiones, litterarum studium penitus est interdictum, et ingenuarum doctrinarum cognitio prohibita, quae solet in primis mortalium animos ad veram religionem et libertatem excitare.* ("Para eliminar toda ocasión que conduzca a la verdadera libertad, está severamente prohibido el estudio de la Literatura, al igual que el conocimiento de la Filosofía, que suele animar a los hombres a la libertad y a la verdadera religión"), en *Opera Omnia* (Madrid, 1780) vol. IV, p. 360: *Cohortatio ad Carolum V...* Hay traducción española por Angel Losada, *Tratados Políticos de Juan Ginés de Sepúlveda*. Instituto de Estudios Políticos (Madrid, 1963); incluye "Sobre el reino y los deberes del rey" y "Democrates Primero o de la incompatibilidad entre la milicia y la religión cristiana", pp. 29-125 y 127-304, respectivamente.

²⁹ *Horum aerumnosos labores vix ad vitae necessaria et miserum spiritum dicendum, cum est tributis satisfactum.* ("Para satisfacer el pago de tributos imponen angustiosos trabajos forzados, a cambio sólo de lo necesario para una vida miserable"). *Ibidem*, p. 362.

³⁰ *Filiorum dignitate oris, corporis habitudine, ac virtutis indole praestantissimi quique ab infelicissimis parentibus, quibus ne dolere quidem aperte licet, abstrahuntur, ut religioni christianae in pueritia renuntiare compulsi, et in errore Mahumetaeo enutristi, cum ad aetatem militiae pervenerint, satellites fiant Regiaeque Tyrannidis ministri, ab ipsis genizari nuncupari et cum bello lacessimur, praecipui christianorum oppugnatores.* ("A los infelices padres le son arrebatados los hijos de mejor presencia, los mejores dotados físicamente y los más inclinados a la virtud, sin que puedan exteriorizar dolor alguno, para obligarlos en la juventud a renunciar a la religión cristiana y educarlos en el error islámico; de este modo, se convierten en la milicia conocida como genizaros, los que junto con acompañar al Rey y a los ministros del tirano, cuando nos atacan, son los peores enemigos de los cristianos"). *Ibidem*, p. 361.

*No es, pues, la gloria lo que se disputa, en la que una derrota es una ignominia, ni el mando o las riquezas, cuya pérdida acarrea solamente la pobreza, que nada tiene de torpe o servil, sino que hay que luchar por la patria, por los hijos, por los altares y los hogares, en suma, por el bienestar y la libertad, y también por la misma religión*³¹.

Comprometidos tantos valores trascendentalísimos en una lucha librada con tanto esfuerzo, superando las perfidias más abyectas, en momentos tan amargos, la amenaza que se creía inminente convertía a esta guerra en la más peligrosa para la Cristiandad que cuantas se tuviera memoria, aseguraba Sepúlveda: *bellum impendet maximum, atque omnibus, quae nostra memoria gesta sunt, christianis periculosius*³².

El más grave problema que fustigaba a los europeos eran las guerras intestinas que sostenían terca y ambiciosamente los príncipes de la Cristiandad. Vidas y haciendas quedaban esparcidas por doquier, la guerra, especialmente la de desgaste, la más típicamente moderna, agotadora e interminable, unida a la presencia funesta de los mercenarios con sus algaras, esterilizaban todos los esfuerzos encaminados a producir la tan anhelada unión contra el adversario turco. La guerra que debía prepararse era de tales dimensiones, tanta tropa, tantos recursos, tanto el peso moral, tanto el significado religioso puesto al servicio de una causa tan noble, que las demás guerras emprendidas entre cristianos pudieran parecer algo baladí: (comparadas) *con la bárbara crueldad con qu los turcos combaten a los nuestros, esto es, a los cristianos, las demás guerras resultan juegos sin importancia*³³.

Difícil es mirar y apreciar con serenidad la atmósfera de aquella hora, intentando abstraerse de las impresiones que causa entre los cristianos el desconcertante poderío del imperio turco. Que la sensación de pánico que se infunde por todos los rincones de Europa, esté aumentada por la propia inseguridad, por las permanentes discordias y por el clima de intolerancia general que sacude a los espíritus europeos, no cabe quizá ninguna duda. Hasta qué grado era poderoso el Sultán, tal vez no importe. La verdad es que todos le temían, incluso aquellos que estaban dispuestos a sufrir el imperio de los infieles, con la esperanza de sacarse de encima la pesada dominación de un príncipe cristiano. Para ello exclamaba así Sepúlveda:

³¹ *Nom enim de gloria certamen est, in qua vinci sit indecorum, non de imperio et facultatibus, quibus exspoliati solam inopiam, nec eam turpem aut servilem incurrant: sed pro patria, pro liberis, pro aris et focus, ad summan pro salute et libertate, proque ipsa religione pugnandum ets.* Ibidem, p. 359.

³² "el peligro inminente de una gravísima guerra más peligrosa para los cristianos que cuantas se recuerdan". Ibidem, p. 358.

³³ *Cetera tamen ludus quidam et levissima videri possunt, si ad genus belli hujus spectetur, quo nostri, hoc est christiani homines, a barbara turcarum immanitate infestantur.* Ibidem, p. 359.

*¡Oh, palabra torpísima de hombres ciegos, ajena a todo sentimiento religioso y puro, si es que realmente sale de un sentimiento del alma y no es expresada por la fuerza del presente dolor!*³⁴.

De ambas tiranías, decía el jurista cordobés, la sustentada por un príncipe cristiano, aunque se comporte como tirano (*quí se pro principe tyrannum gerat*), tiene, a pesar de todo, la posibilidad de sobrellevar la dureza de nuestra hora en mejores condiciones, porque no sólo puede conservar su libertad cristiana sino también la civil; y aunque ésta se encuentra oprimida –dice Ginés– puede ser reanimada de muchas maneras, pues posee propias leyes, magistrados propios, y, finalmente, conserva la forma de una república regia y de hombres libres, aunque en algo tenga que someterse al capricho del príncipe o de sus ministros. La otra, en cambio, era la verdadera tiranía hecha realidad, porque al interior de ella –sostenía– no existen leyes que rigan las acciones de quienes tienen el poder (*nullas habeant leges*), así como tampoco se gobiernan por instituciones que son el fundamento del Estado (*nullis institutis gubernentur*), salvo algunas acomodadas al capricho del tirano³⁵. En suma, este régimen despótico era definido por Sepúlveda con toda clase de superlativos: una durísima esclavitud sin esperanza de libertad (*durissimam sine spe libertatis servitutem*); una afrentosísima esclavitud (*turpissiman servitutem*); el pesadísimo yugo de la esclavitud turca (*turcarum gravissaimo servitutis jugo*).

Las opiniones de Ginés de Sepúlveda, así como la de la mayoría de los historiadores y humanistas de la época –salvo las de Erasmo, naturalmente– conviene incrustarlas en un contexto más amplio. El sometimiento de las poblaciones balcánicas se produjo, como vimos, desde la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI. El sistema de dominación fue tolerado en un comienzo con bastante aquiescencia y las reacciones contra aquel se hicieron patentes sólo cuando despertó en las comunidades subyugadas, el sentimiento de nacionalidad bajo un régimen desgastado y decadente. Sólo entonces, cuando el reclutamiento de los niños fue más numeroso, sintieron que la dominación se hacía intolerablemente opresiva. La conversión forzada, indigna a los ojos europeos, no irritaba a los indígenas; había un sentimiento social contra el clero cristiano, por lo que la conversión al Is-

³⁴ *O vox caecorum hominum turpissima, et omni religione atque ingenuitate aliena, si quidem ex animi sententia prolata sit, non vi praesentis doloris expressa!* Ibidem, p. 359.

³⁵ Ibidem, p. 359-361. Esta imagen se proyectó hasta fines de siglo, imagen prejuiciada como atestigua Tommaso Campanella (1568-1639): "El turco es señor absolutísimo y heredero de todos los bienes de su imperio, ni sólo de los bienes, sino también de los campos, y en esto es peor que un tirano, pues se arroga todo; tiene a todos los pueblos como sus hijos, pero no les reparte la herencia a manera de padre, sino que saca a cada uno cuanto le place, cada año, y le asigna deberes", *De Monarchia*, C.E.C. (Madrid, 1982) cap. 30, p. 238.

lam, en no pocos grupos (bosnianos, albaneses, y en mayor número, cristianos que no se identificaban con la iglesia latina, menos "nacional" a sus ojos) fue espontánea. Asimismo, la esclavitud era una práctica normal en los países eslavos. Los jóvenes, pues, tomados por la fuerza, podían hacer una carrera más brillante como esclavos del soberano que como campesinos "libres", pero atados a la gleba. Esto se vió facilitado por la decadencia de las clases rurales anunciada antes de la conquista turca. Tal vez lo que más indignaba a los occidentales era que el gobierno se había ido convirtiendo en una inmensa empresa de servidumbre personal del príncipe. Ser esclavo del Sultán constituía un honor y un ascenso. Sin duda, todo esto traerá consigo múltiples interrogantes, quizá no resueltas aún, pero lo cierto es que en los siglos XV y XVI, el *devchirmeh* –asevera Claude Cahen– no parece haber suscitado protesta alguna entre los cristianos ni entre los musulmanes³⁶.

Erasmus (1476-1536) fue también otro de los intelectuales que vivió permanentemente preocupado por el flagelo inmisericorde de la guerra que afectaba a la Europa del siglo XVI. Aquella Europa sumida en grandes y profundas divisiones, en numerosos problemas, a los que, sin embargo, no pudo darle solución. Quizá sea esta la razón por la que junto a tantas mentes y corazones, Erasmo se sintió no sólo atraído sino obsesionado por la idea de la paz, la paz entre los hombres y entre los pueblos. Podría decirse que todas sus obras transpiran este anhelo de paz y concordia. En tres escritos abordó el problema de la guerra con una perspectiva pacifista. El adagio *Dulce bellum inexpertis* (1515), su *Consultatio de bello turcis inferendo* dirigida en Marzo de 1530 al juriconsulto alemán Johann Rinck y la *Querela Pacis*³⁷.

Como tantos otros en su época, Erasmo descubrió con tristeza y mucha indignación la extraordinaria facilidad con que los hombres se dejan arrastrar a las guerras como si fueran víctimas de una vorágine demoníaca que los conduce irremediamente a calamidades sin número ni medida. Son tantos los recursos que consume la guerra que en el extremo del agotamiento, no se puede ya hablar de vencedor ni vencido, pues después de toda guerra, resulta vencido el propio vencedor.

Ajustándose a un discurso moral, aceptaba la guerra como surgida únicamente de la legítima defensa, es decir, agotados todos los medios posibles para evitarla y en el evento de una necesidad irrenunciable (*bellum*

³⁶ F. Braudel! *La Méditerranée...* vol. I, pp. 250-270. Tb. Claude Cahen: *Formación del poderío otomano* en *Historia General de las Civilizaciones* dirigida por M. Crouzet (Barcelona, 1964) vol. III, 3ra. parte, cap. IV, pp. 763-810 *passim*.

³⁷ Todos en Desiderri Erasmi Roterodami: *Opera Omnia*. Lugduni Batavorum, 1704. The Gregg Press limited (Belgium, 1962). La *Consultatio* en vol. V, pp. 345-368; la *Querela*, IV, pp. 625-642 y el *Bellum*, II, pp. 951-970. Citado en adelante LB. volumen y páginas correspondientes.

*numquam suscipiendum nisi cum tentatis omnibus vitari non potest*³⁸. Por ello, sus condenas fueron rotundas respecto a la Cruzada en la que observaba un espíritu anticristiano en todas las instancias de su realización. Desde su planeamiento en la mente de la jerarquía estaba invalidada por aborrecer el método propuesto por Cristo³⁹. La venta de las bulas y su predicación generaba una gigantesca extorsión de fondos que, unido a la esquilma con los impuestos, desacreditaba entre la Cristiandad popular los verdaderos fines de tal iniciativa⁴⁰. Además, resultaba una verdadera burla que los príncipes cristianos accedieran a participar en ella, siendo incapaces de poner fin a sus guerras fratricidas y mostrándose insensibles a los clamores de paz que surgían de la inmensa mayoría de los cristianos: *maxima plebia para bellum detestatur, pacem orat*, "la mayor parte del pueblo aborrece la guerra y ora por la paz" (LB, IV, 642).

"De la acción violenta de la Cruzada –comenta Marcel Bataillon– sólo podía resultar una reducida minoría de conversiones falsas de infieles, y el empeoramiento de los fieles cristianos, desmoralizados, como se ve siempre que cunde el rumor de guerra contra el turco, por la sumisión más servil a una doble tiranía (seglar y eclesiástica)"⁴¹. En efecto, a pesar de que se hablase continuamente de ella, podría afirmarse de que, durante este siglo, se debilita paulatinamente el espíritu de Cruzada de tipo medieval, exterminadora, convirtiéndose en una simple reacción de defensa contra la formidable potencia turca. A su vez, surge otra Cruzada que tendrá mejores frutos, esta es, la Cruzada evangelizadora en el recientemente descubierto *orbe novo* de las Indias.

La paz le obsesionó durante muchos años y permaneció como una pequeña flama en la obscuridad de su tiempo, que no podía iluminar sino un ámbito reducido, porque el *orbis christianus* había entrado, desde ha-

³⁸ "Jamás ha de hacerse la guerra sino sólo cuando hayan fracasado todos los intentos por evitarla" (LB, V, 354). Más adelante agrega: *Nec mihi placere bellum adversus Turcas nisi huc adigat inevitabilis necessitas*. ("Me disgusta la guerra contra los turcos sino obliga a ello una necesidad inevitable") (LB, V, 365).

³⁹ *Tum autem fuerit Christo gratissimus triumphus, si hoc egerimus, non tam ut illos occidamus, quam ut eos in religionis ac pietatis consortium adjungamus*. ("Pero, entonces, el mejor triunfo para Cristo será, si procedemos con ellos, no matándolos sino atrayéndolos a la comunidad de la religión y la piedad") (LB, V, 357).

⁴⁰ *Pecunia collecta haesit in manibus Pontificum, Cardenaliu, Monachum, Ducum ac Principum. Nam gregatio militi stipendii vice relinquitur praedandi licentia*. ("El dinero recogido se quedó en las manos de los pontífices, los cardenales, los monjes, los jefes y los príncipes. Pero, el grueso de los soldados recibió como paga la licencia para saquear") (LB, V, 359). La edición española de algunas de las obras de Erasmo a cargo de Lorenzo Riber, ed. Aguilar (Madrid, 1956) ofrece una versión truncada de este importante pasaje; dice: "Malas lenguas dicen que el dinero que se recogió se quedó en las manos de quienes lo recaudaron... ?...", es decir, omite la individualización erasmiana, a mi juicio de gran importancia (p. 1015).

⁴¹ M. Bataillon: *Erasmo y el erasmismo* (Barcelona, 1983) p. 69.

cia ya dos siglos, en la era de los grandes conflictos y en las encarnizadas y eternas rivalidades confesionales. En aquellas hostilidades pesaban fuertemente los sentimientos nacionales que los pueblos de Europa habían configurado en derredor de la figura de los reyes. Estos, por su parte, convencidos de ciertas prerrogativa fundadas en la fuerza de las armas, utilizaban el patrimonio estatal con ánimo agresivo y prepotente. La diplomacia se había convertido casi en la consecución de los caprichos del príncipe. Erasmo, como también Moro, condenaron la diplomacia convencional como medio de solucionar las disputas internacionales, porque, según ellos, cada liga, cada matrimonio y cada intercambio de embajadores, en un clima de permanente sospecha, intriga y alerta, acentuaba la división entre los intereses de las naciones, convirtiendo cualquier encuentro en un potencial *casus belli*. Sin embargo, aquellas actitudes regionalistas vinculadas al modo de vida, a las costumbres, a una determinada forma de ser, le parecían a Erasmo un patriotismo beneficioso y digno de ser conservado como identidad nacional. En el *Stultitiae Laus* critica duramente ese sentimiento nacional que, llevado a un extremo perverso, transforma los méritos del reino, la provincia o la ciudad, en argumentos de suyo legítimos para fundar empresas de superioridad sobre los vecinos o rivales⁴².

Su espíritu hipercrítico, su piedad y sarcasmo, su cristianismo fidelísimo, su independencia y valentía llevada hasta la osadía, en fin, todo esto cooperó para que sus obras y opiniones quedaran incluidas en el *Index librorum prohibitorum* de 1559 y calificado como *auctor damnatus primae classis* según Pablo IV.

Después de la estrepitosa derrota de Mohacs, el miedo penetró todos los rincones de la Europa. El humanista vienés Joh. Cuspinianus, a fines del Pontificado de León X (1513-1521), lanzó una crítica ácida contra la inmoralidad y las borracheras en que se unían los cristianos en vez de combatir al infiel. Además, había evocado la indecente farsa de la Cruzada, con sus indulgencias que cercenan los pobres haberes de los humildes, ingente tráfico en el cual quedan olvidados los turcos, mientras prosiguen sus conquistas y estragos. Exhortó, además, a los príncipes del Imperio y a Carlos V a la guerra contra el invasor musulmán⁴³.

Por su parte, Erasmo denunciaba las negligencias en momentos de tanto peligro para los cristianos, indignándose por las indiferencia con que el occidente renano gastaba en fruslerías sin acudir en ayuda de aquellos cristianos que necesitaban recursos para defenderse, viviendo como si los acontecimientos les fueran todavía lejanos: *...ipsam adeo Germaniam adeo frigere, quasi quod geritur nihil ad nos attineat*, "la misma Alemania, especialmente

⁴² M. Bataillon: Ibidem, p. 55. Vid. *Stultitiae Laus*, cap. LV.

⁴³ Me ha sido imposible ubicar la obra de Cuspinianus, por lo que debo esta información a Marcel Bataillon, ob. cit., p. 59 y 292.

indiferente, como si lo que acontece en nada nos tocase"⁴⁴.

El humanismo cristiano Juan Luis Vives (1492-1540) fue una de las figuras más sensatas de la época. Compenetrado en los graves problemas de su presente, su cultura amplísima le permitía estar por sobre lo contingente y observar con inteligencia los males de entonces. La gravedad de los tiempos se había vuelto patéticamente visible, según él, en las discordias que sostenían con insistente irresponsabilidad los hombres, y en especial, los cristianos. Le parecía tan apremiante la *concordia* que así se lo pide a Carlos V en julio de 1526, en la dedicatoria de su obra: *Te escribo, precisamente, acerca de lo único que todos los hombres buscan, desean y anhelan, por lo que algunos casi lloran, a saber sobre la Concordia del género humano en cuatro libros*⁴⁵.

La cuestión le preocupaba a tal punto a Vives que reflexionó extensa y penetrantemente sobre las causas que motivan a los hombres a tomar las armas y luchas entre sí, incluso entre hermanos en una misma religión. Criticó asperamente la conducta de algunos príncipes que con sus discordias contribuían a debilitar aún más a la Cristiandad frente a los evidentes objetivos del Turco, cuyas aspiraciones políticas no concluirían sino con el sometimiento de Roma. Podrán repararse gran parte de los daños causados por las mezquindades y egoismos, *pero por mucho que se exijan todas aquellas cosas, y se repongan al estado de donde cayeron, ciertamente que no podrán conservarse durante mucho tiempo sino se sostienen y protegen en la Paz y la Concordia*⁴⁶; —afirmaba Vives—, porque detrás de todo este estado mortuorio de la civilización, asechaba siempre la causa última de las desgracias: la voluntad de los hombres de insistir en las diferencias y no claudicar en las ambiciones. Si no fuera "por las discordias -decía-, no sólo seríamos iguales al Turco, sino superiores a toda el Asia" (*per discordiam non turca tantum pares, sed cuncta essemus superiores Asia*)⁴⁷.

Al igual que Ginén de Sepúlveda, puse en evidencia el sistema de dominación que caería sobre Europa si el turco lograba subyugarla. No vacilaba en afirmar que la condición que impondrían los turcos sería una *dura esclavitud que habrían de tolerar aquellos cristianos insensibles a los afectos fraternales y a la solidaridad, como una justa venganza de Dios*⁴⁸. Contestó con

⁴⁴ LB, V, 359. En otro pasaje se pregunta por los bravos soldados alemanes que debían estar atentos al peligro: *et ubi interim dormierunt illa bello nata germanorum pectora?* ("¿y dónde, entretanto, estuvieron dormidos aquellos pechos germánicos nacidos para la guerra?").

⁴⁵ *Te scribo, quod unicum homines omnes adeo requirunt, desiderant, suspirant, ut quidam propemodum deplorarint De Concordia humani generis libros quator. De Concordia et Discordia in humano genere en Opera Omnia* (Valencia, 1784) tomo II, pp. 193-403. Hay traducción castellana de Laureano Sánchez Gallego (México, 1940) Ed. Séneca.

⁴⁶ *Sed ea quantumcumque exigatur, et in illum ipsum gradum reponantur unde ceciderant, in eo certe non perseverabant diu, nisi Pace et Concordia munita et fulta.* Dedicatoria a Carlos V. Ibidem, II, p. 187.

⁴⁷ Ibidem, tomo II, lib. 2, p. 254.

⁴⁸ *De Conditione christianorum sub turca* en *Opera Omnia*, tomo II. p. 456.

énfasis a los escépticos que depositaban toda su esperanza en la invasión otomana, para liberarse de la supuesta opresión en que se encontraban bajo los príncipes cristianos. Desilusionados de los tiempos, aquellos anhelaban que todo cambiara radicalmente, pues tramando una revuelta, podrían sacudir el yugo y tiranía de los cristianos, y que por mucho que las cosas cambiaran, no podría ser peor para ellos⁴⁹. En efecto, en todas las naciones europeas existía un cansancio vital por el clima de desasosiego que generaban los interminables aprestos militares, los impuestos de guerra, las levas permanentes y demás exigencias estatales. Entre los franceses, los alemanes o españoles había quienes preferían abiertamente someterse al Turco que seguir soportando aquella vida dura e intolerable (*duram vitam et intolerabilem*) que llevaban bajo los príncipes cristianos. A ellos, Vives les aseguraba en un opúsculo que era "peor la muerte y cualquiera que fuera la más indigna y atroz forma de poder, que vivir sometidos a los turcos" (*quod morte est pejus, indignissima et nefaria cujusvis imperata facere, quam sub illis vivere*)⁵⁰. Ningún príncipe cristiano podía pensar sensatamente en hacer pactos con Solimán porque sin respeto a la religión, ni a Dios, ni a los pueblos, insistía el humanista, dominará a sus propios aliados.

Junto a los desórdenes morales internos, la Cristiandad sentía la presión de la amenaza turca que avanzaba arrolladoramente sobre Europa. Todos los cristianos conocieron el estilo de dominación turca, a través de las informaciones que recogían los embajadores de la zona oriental, y que, seguramente deformadas, llegaban a Europa provocando aterradoras sensaciones, aumentadas aún más, por la publicidad de algunos humanistas.

Precisamente, Juan Luis Vives reflexionó acerca de su vida que los cristianos llevaban entonces bajo el poder turco, particularmente aquella de los griegos, otrora luchadores de la libertad y ahora sumidos en una esclavitud despótica de insufribles consecuencias⁵¹. Trae a colación el tema agustianiano de las dos ciudades, las que en ese momento se han perfilado como dos ciudades antagónicas: la Ciudad de Dios (Roma) y la del demonio (Constantinopla)⁵². El ambiente espiritual no era bueno, pues múltiples di-

⁴⁹ *ut abrupta cupiant omnia et mutata, rebusque novis avidissime student, quo jugum illud et tyrannidem excutiant, cogitantes quantumcumque res sint mutatae, sibi non posse pejus esse.* ("desean que todo cambie rápidamente y estudian con avidez una revuelta que sacuda aquel yugo y tiranía, pues por mucho que las cosas cambien, consideran que no podrán serles peor de lo que están"). *De Concordia...* tomo II, lib. 2, p. 254.

⁵⁰ *De Conditione...* tomo II, p. 451.

⁵¹ *Ibidem*, p. 456. En varios lugares se refiere en el mismo sentido.

⁵² *voluit duas domos aut duas civitates conjungere, Dei et diaboli, quod non magis potuisset efficere, quam Romam et Constantinopolim.* ("quiso unir a dos casas o ciudades, la de Dios y la del diablo, las que no pueden ser sino Roma y Constantinopla"). *De Conditione...* p. 453. Tal vez detrás de esta vinculación se haya transparentado el propósito del Turco de llegar a someter a Roma bajo su égida.

ficultades internas de la Cristiandad propiciaban divisiones. Se quejaba de que algunos cogidos por el terror, comenzaban a dudar en sus convicciones frente al peligro de la dominación infiel. Las dudas y las vacilaciones en la fe en tiempos tan revueltos —decía—, podían propagarse como una horrible lepra (*non minus atque ex putri aliqua ac foeda scabie*); y entonces, aquellos que se mostraban todavía fieles y constantes en su fe ¿Serían capaces de mantener su fidelidad? Como muchos pensaron en aquel tiempo de angustia, Vives creía que el dominio, con su hábil astucia, estaban estimulando la desconfianza y la desesperanza⁵³.

La complejidad de los problemas de Europa era tal, que es una exageración atribuir esta verdadera inversión de valores sólo al clima de terror que generaba en los cristianos la posibilidad muy cercana de quedar sometidos a los turcos. El nacionalismo incipiente, la crisis religiosa, los cambios estructurales en la economía, las guerras, todo ello cooperaba para ensombrecer el horizonte de los hombres y les impulsaba a buscar cualquiera salida a la crisis; esta bien podía ser la dominación turca, que a pesar de la propaganda de los humanistas, era admirable por el orden y la cohesión que allí reinaba. Era especialmente admirable por su poderío. Dice Vives:

*"Al fin, ¿Ante qué fronteras se cotentó el turco en los últimos doscientos años? ¿Acaso ante aquellas que coestablecieron las naciones entre sí? ¿o ante las que fijó la naturaleza? No se detuvo ante los ríos caudalosos ni ante las montañas más altas; ni siquiera el mismo mar le impidió continuar su camino. Su ardiente ambición de mando superó y venció cuantas dificultades le salieron al paso, despejándole el camino los odios y las armas de los cristianos"*⁵⁴.

⁵³ *Quod, ii qui hic inter nos de fide sunt dubii, ¿Num illi non levissimo momento impulsu deficerant? Nec illi ipsi, qui nunc sunt firmi ac constantes, fortassis stabilitatem illam suam perpetuo possent conservare.* ("Porque aquellos que entre nosotros tienen dudas en su fe, ¿no claudicarán en algún momento de instigación? y aquellos mismos que ahora se sienten firmes y perseverantes, ¿podrán conservar eternamente aquella constancia?"). *De Conditione...* p. 459; tb. *De Concordia...* tomo III, lib. 3, p. 278. Los tiempos le corroboran estas dudas: *adeo ut etiam nec Turcae abominentur nomen, nec sub eo recusent vitam agere, immo malint sub illo aperte Turca, quam sub his eorum opinione Turcis in persona christianorum latentibus.* ("Aún más, no detestan el nombre de los turcos, ni se oponen a vivir bajo ellos; incluso, prefieren quedar sometidos a un turco de verdad que a aquellos que parecen turcos ocultos detrás de una máscara de cristiano"). *De Concordia...* lib. 2, p. 235. Vid opinión de Erasmo, nota 64.

⁵⁴ *¿Quibus tandem terminis contentus fuit his ducentis annis Turca? ¿Utrum iis, quos non solum humana industria gentium ac nationum fecit? ¿An iis quos natura? non magnis est amnis illius cursus prohibitus, non altissimis montibus retardatus, non ipso mari impeditus; ardens illa imperii cupiditas omnia quantumvis difficilia evicit, superavit, transgressa est, aperientibus illi viam christianorum inter se armis ac odiis.* *De Concordia...* tomo II, lib. 2, p. 274.

El imperio turco se había extendido con su dominio en las zonas más importantes de Asia, Africa y avanzaba sobre la Europa cristiana casi sin oposición:

*¿Qué otro recuerdo tuvieron nuestros antepasados y tenemos nosotros, que yo calle antiguas pérdidas, sino que nos arrebató, como se arrancan los miembros a un cuerpo, la Tracia, el Ponto, las islas del mar Egeo, la Eubea, la Grecia entera, la Macedonia, la Bulgaria y Rodas, la mayor y más hermosa parte del nombre cristiano?*⁵⁵.

Se pensaba que si la Cristiandad no se unía para repeler el avance otomano, los europeos tendrían que huir a las nuevas tierras descubiertas allende el Mar Océano. La situación del *orbis christianus* era verdaderamente preocupante, por lo que políticos y humanistas, se preocupaban acerca de la realidad. Sus propuestas reflejan las divisiones y debilidades de la civilización europea. Las posturas eran, sin duda, tan radicales que prácticamente las opciones eran: Cristianismo o Islam, que en los términos en que confesionalmente la Europa se debatía, consistía en libertad o esclavitud, civilización o barbarie. En efecto, cuando los españoles iniciaron la conquista de Italia, hubo un consuelo relativo, pero no desprovisto de fundamento, que ella evitaría la barbarización del país bajo la dominación turca. Las condiciones mismas de la península, teniendo en cuenta la división que reinaba entre los distintos Estados, difícilmente hubiera escapado a ese destino fatal. Sobre la base del peligro turco se podía construir una paz entre los pueblos cristianos.

Tomás Moro (1480-1535) el humanista inglés, gran conocedor de su tiempo, que padeció los rigores de la prepotencia y la intolerancia, también informó de las desgracias de este siglo con esa penetrante reflexión que contiene su *Utopía sive de optimo reipublicae statu*. En este opúsculo Moro se hace cargo de los males de un modo distinto al resto de los humanistas; no hay un examen académico de la realidad, salvo en la primera parte. Pero en la otra, esto es, en la descripción de la república utópica, —que es la realidad concebida como debería ser— encontramos tácitamente los daños de las discordias, violencias, envidias, ambiciones, etc.

En lo que a nuestra perspectiva se refiere, habal *Hitlodeo*, el interlocutor de Moro, sobre los consejeros de los reyes a los que fustiga con virulencia por aquella pervertida obsesión a convertir toda la razón de ser del Estado, en la vocación militar. A éstos les llama *pedantósofos*, pues creen que

⁵⁵ *Quid aliud memoria patrum et nostra, ut antiquas clades taceam, abstraxit nobis, et quasi uno ex corpore praecipua evulsit membra, Thraciam, Pontum, insulas Aegei maris, Euboeam, Graeciam totam, Macedoniam, Bulgariam, Rhodum, maximam christiani nominis et pulcherrimam partem?* De Concordia... tomo II, lib. 3, p. 278.

la "salvación del Estado depende de tener siempre dispuesto un ejército poderoso y fuerte"⁵⁶. Eran tiempos difíciles, la guerra ocupaba un lugar prioritario en las políticas estatales, por lo que semejante finalidad, que ponía en juego tantas fuerzas y recursos, terminaba por absorber la sensatez de todos los varones ilustres que frecuentaban las cortes reales, concentrando a porfía todos sus consejos en la guerra. Por todo ello, dice: *los príncipes se ocupan con más gusto de los asuntos militares que de las artes de la buena paz; y más se preocupan de discurrir procedimientos para conquistar, lícita o ilícitamente, nuevos reinos, que de administrar bien los que poseen*⁵⁷.

Coincidió con Vives en que los consejeros de los reyes, acabarían por arrastrar a aquellos a los peores castigos si persistían en encender más y más sus ambiciones y el ansia de poder. Toda su sabiduría e influencia se ponía al servicio de intereses mezquinos, muchas veces, puramente personales; y lo decía quien había podido conocer de cerca aquellas discusiones y oído semejantes consejos: *unos saben tanto que no necesitan aceptar el criterio ajeno y otros tanto creen saber que no les gusta admitir sino el de aquellos que aprueban todos sus disparates o les halagan buscando con la adulación granjearse a los más influyentes cerca del príncipe*⁵⁸.

Moro era un humanista con espíritu convencidamente tolerante; quizá porque en la Inglaterra de su tiempo, como en el resto de Europa, los ánimos estaban invadidos por una intolerancia tan radical, que el canciller inglés, como se sabe, hubo de pagar con la propia vida la defensa de su fidelidad al Papa, cuando Enrique VIII decidió separarse de Roma. Moro concibe, pues, para su *Utopía*, una tolerancia religiosa no conocida entonces; *utopo*, el personaje legendario de su república, estableció —y ésta es una de las más antiguas leyes utópicas— que *nadie sea molestado a causa de sus creencias*⁵⁹. Además, como los hombres tienden a sobrepasar el límite de sus derechos, *Utopo* decretó que *cada ciudadano pudiera seguir la religión que le plugiere e incluso hacer prosélitos, pero procedimientos en esto con moderación, dulzura y razones, sin destruir brutalmente las demás creencias ni recurrir a la fuerza ni a las injurias*⁶⁰.

En el siglo XVI sólo en *Utopía* podía existir el espíritu que animaba a estas disposiciones, ya que en una Europa cristiana que reprimía con severidad la heterodoxia, Moro, que con todo era un hombre fidelísimo al pontífice, concibió como castigo para aquellos que negaban el derecho a

⁵⁶ Apud *Utopías del Renacimiento* (México, 1975) presentadas por Eugenio Imaz, p. 52. No hemos tenido acceso al texto latino para certificar la fidelidad de la traducción, como lo exige André Prevost: *Thomas More et la crise de la pensée européenne*. Ed. Name (1969) pp. 84-5.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 48.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 48-9.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 126.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 126.

otras confesiones o las intentaban eliminar, el destierro o la servidumbre⁶¹.

Los europeos del Quinientos caminaban con celebridad hacia la extrema intolerancia porque cada grupo obcecadamente luchaba no por la subsistencia de sus ideales, sino por el triunfo de ellos y su imposición. Agregamos a tal estilo de proselitismo los intereses nacionales que nunca faltan, la cristiandad había perdido para siempre la unidad idílica que habían proclamado algunas mentes preclaras del medioevo. La fuerte crispación de los ánimos en materia religiosa, hubo de llevar a algunos hombres, que se ubicaban por sobre las contingencias, a considerar la tolerancia no sólo como una solución de convivencia, sino una condición contenida en la razón humana y por lo tanto querida por Dios. Así se expresa Moro:

*"Tomó Utopo estas disposiciones no sólo con miras a la paz, arruinada totalmente por incesantes luchas y odios implacables, sino porque creyó que obrar así era hacerlo en interés de la religión misma, acerca de la cual nada se atrevió a definir de ligero por ignorar si Dios, deseando un culto vario y múltiple, inspiró a unos hombres una religión y a otros otra"*⁶².

III. PROYECTOS DE UNIDAD

Erasmus, con su pacifismo a toda prueba no era partidario de que las enemistades odios y rencores entre los príncipes cristianos se superaran sólo con el objetivo de formar una coalición de pueblos capaz de enfrentar el enemigo común de la Cristiandad. El proyecto erasmiano, en relación con la amenaza de los infieles, era que la Europa no podría defenderse sino mediante una reforma moral y religiosa que la acercase lo más posible al ideal cristiano. Sólo así se podría generar la unión entre los príncipes, así podrían éstos albergar en su corazón pensamientos de unión fraterna. La victoria sobre los turcos vendría en tanto cuanto los cristianos se transformaran en verdaderos cristianos (*si cupimus Turcas ad Christi religionem adducere, prius ipsi simus christiani*)⁶³. Esta tarea implicaba una conquista pacífica de aquellos infieles, usando métodos que hicieron suyos los primeros apóstoles, esto es, proponiéndoles un cristianismo vivido en el espíritu del

⁶¹ Acerca de la tolerancia pp. 125-127. Utopo juzgó tiránico y absurdo exigir a la fuerza y con amenazas que todos aceptasen una religión tenida por verdadera, aún cuando una lo sea en efecto y falsas las restantes. Fácilmente previó que a poco que se proceda razonable y moderadamente, la fuerza de la verdad tiene que brotar e imponerse al fin por sí misma. Ibidem. Vid. A Prevost: ob. cit, pp. 95-8; 192-5.

⁶² Ibidem, p. 126.

⁶³ "Si anhelamos guiar a los turcos hacia la religión de Cristo, primero seamos cristianos nosotros mismos". *Querela...* (LB, IV, 640). Vid. *Consultatio...* (LB, V, 357).

evangelio y no una apariencia puramente verbal. Si no fuera posible una conversión rápida de ellos, habría que fiarse de los efectos muy lentos de la convivencia para atraerlos al cristianismo, acción que podía perdurar una generación o más, pero que habría cristianos de verdad. Consideraba que había menor mal en ser públicamente turco o judío que fingido cristiano (*minus mali est palam esse turcas, aut judaeum, quam hypocritam christianum*)⁶⁴.

Marcel Bataillon ha llamado la atención en la similar solución propuesta por Bartolomé de las Casas en 1536 en su *De unico vocationis modo* con motivo del experimento evangelizador de Verapaz (Guatemala). El obispo insiste en que los misioneros predicaran como corderos en medio de lobos (*sicut agnos in medio luporum*), porque la conquista guerrera no es el método de Cristo sino de Mahoma⁶⁵.

El único triunfo moral y cristianamente válido sobre los infieles era, a su juicio, el de una evangelización pacífica contando quizá con un plazo de tiempo largo ya que el método eficaz consistiría en el ejemplo, el contacto, el diálogo:

¿Quieres ganar a los turcos para Cristo? No hagamos ostentación de riquezas ni de soldados ni de poderío. Vean ellos en nosotros no tan sólo el título de tal, sino los distintivos más reales de los cristianos: la inocencia de la vida, el empeño de hacer el bien a los mismos enemigos, la invencible tolerancia de todas las injurias, el desprecio del dinero, el desinterés por la gloria, una vida sencilla; que conozcan aquella doctrina celes-

⁶⁴ *Bellum...* LB, II, 968. Agrega inmediatamente: *malo turcam ingenuum, quam suctatum christianum*. ("prefiero un turco franco, que un falso cristiano") (Ibidem).

⁶⁵ *De unico vocationis modo*, ed. A. Millares Carlo (México, 1942) con introducción de Lewis Hanke y versión española de Atenógenes Santamaría. Sobre Mahoma, vid. pp. 457-485, existía entonces, una gran incomprensión a este respecto, pues está probado que Mahoma no predicó semejante método de conversión. Acerca del método lascasiano, véase las citas bíblicas sobre las que lo funda en pp. 158 ss. Posteriormente, en *De Thesauris in Peru* (1563) insistirá en la conversión pacífica, abundando en continuos lenitivos, como lo demuestran las siguientes frases: *salutatio et alloquitio humilis et gratiosa ad principes et populos et singulos qui occurerint* ("el saludo y alocución sean humildes y resulten gratos a los príncipes y a cada uno de los pueblos que se encuentren"); *conversatio exemplaris, mansueta et christiana* ("el trato sea ejemplar, blando y cristiano"); *tempestiva, discretissima, modestissima, valde blanda saluberrimaque... exhortatio* ("la exhortación muy a tiempo, discretísima, moderadísima, muy pacífica y saludabilísima"). Ed. A. Losada (Madrid, 1958) pp. 117; id; 119; id respectivamente. Las Casa tuvo la oportunidad de insistir en esto en la polémica con Ginés de Sepúlveda en Valladolid (1500). Vid. los argumentos de ambos en la edición bilingüe de sus apologías por A. Losada (Madrid, 1975), en especial el 4to. argumento de Sepúlveda y la respuesta de Las Casas. Tb. L. Hanke: *La Lucha por la Justicia en la conquista española de América* (Madrid, 1967) pp. 193-229. M. Bataillon: *Erasmus y España* (México, 1966) pp. 823-24; del mismo su artículo *Un extremo del irenismo erasmiano en el adagio "Bellum"* apud *Erasmus y el erasmismo* (Barcelona, 1983) pp. 64-79, especialmente pp. 73-4.

*tial en consonancia con su vida. Estas son la mejores armas para someter a los turcos*⁶⁶.

Su extremado pacifismo alcanzó el climax en 1515 con su *Dulce bellum inexpertis*, al poner en cuestionamiento la legitimidad de la guerra contra los turcos, es decir, que desconocía la licitud de los aprestos militares que a partir de entonces iniciarían los Habsburgo, junto al Papa y Venecia, contra el avance turco que ya se insinuaba amenazante en el Mediterraneo oriental⁶⁷. Muchos lanzaron sus diatribas contra él juzgándole su propuesta como una insensatez carente de todo realismo. El mismo Erasmo estaba consciente de estos ataques⁶⁸. La guerra contra los infieles encendía a tal punto los ánimos de algunos cristianos, que toda acción que condujera al sometimiento, e incluso, el exterminio de ellos, juzgábase como una obra pía y honesta. La Guerra Santa implicaba ya no sólo no ofender a Dios, sino de forma positiva serle agradable. Era el peso de una tradición secular que venía insistiendo en la consagración de la guerra contra los infieles, el llamado *bellum romanum* del cardenal de Hostia Enrique de Susa ("el Hostiense")⁶⁹. Esta es, sin duda, la causa de que, entre otras, las opiniones de Erasmo tuvieran tantos contradictores y sus soluciones tomaran un tinte de descrédito según transcurría aquel siglo intolerante.

La propuesta erasmiana puede ya vislumbrarse: el *orbis christianus* no

⁶⁶ *Vis Turcas ad Christum adducere? Ne ostentemus opes, ne militum manum, ne vires. Videant in nobis non titulum tantum, sed certas illas hominis christiani notas, vitam innoxiam, studium benemerendi etiam de hostibus, invictam omnium injuriarum tolerantiam, pecuniae contemptum, gloriae neglectum, vitam vilem: audiant coelestem illam doctrinam, cum hujusmodi vita congruentem. His armis optime subiguntur Turcae. Bellum...* (LB, II, 966).

⁶⁷ Vid. LB, II, 967 ss.

⁶⁸ *Sunt enim qui in totum existimant christianis interdictum bellandi jus, quam opinionem arbitror absurdiorum quam ut sit refellenda: tametsi non defuerunt qui hinc mihi calumniam struerent, quod in lucubrationibus meis plurimus sim in laude pacis, ac bellorum detestatione.* ("Estan aquellos que creen que a los cristianos les está íntegramente prohibido el derecho a la guerra, opinión que yo considero tan absurda para que merezca ser refutada; aunque no faltan los que por esto me lanzan acusaciones debido a que en mis pensamientos abundan alabanzas a la paz como repulsiones a la guerra"). *Consultatio...* (LB, V, 354).

⁶⁹ El *Bellum Romanum*, prototipo de la guerra justa, es la guerra de los fieles contra los infieles y que se llama así porque *Roma es la cabeza y la madre de nuestra fe*, según el Hostiense; su *Summa super titulis decretalium* o *Summa Aurea* tuvo enorme difusión: 8 ediciones durante el siglo XV (1477, 1478, 1480, 1490 y 1498) y el siglo XVI (1568 y 1573). El gran número de manuscritos que de ella se conservan, junto al de ediciones antiguas, demuestra la gran acogida que tenían las opiniones de este teólogo en los juristas de la época. Cfr. J. Hoeffner: *La Ética Colonial española del siglo de oro* (Madrid, 1957). V. Carro; *La Teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América* (Madrid, 1944) 2 vols. P. Contamine: *La Guerra en la Edad Media* (Barcelona, 1984). S. Zavala: *La Encomienda Indiana* (Madrid, 1935).

podrá defenderse sino mediante una reforma moral y religiosa que atraiga a los hombres al ideal cristiano⁷⁰. Sólo así Dios podría conceder a los cristianos una victoria de la que fuesen dignos habida cuenta de sus esfuerzos en pro de la unidad europea. Para Erasmo, "las victorias de los turcos se deben a los vicios de los cristianos" (*nostris vitiis illi debent suas victorias*), porque éstos han emprendido la guerra contra los infieles con un ánimo que repugna toda legitimidad. Se han empeñado en hacerla cruel y despiadada, como si aquellos fueran a convertirse tras un sometimiento tan cruento. Sin Cristo en el espíritu hemos combatido a los turcos con ánimo turco⁷¹.

Casi contemporáneamente a los neotomistas españoles de Salamanca, Erasmo se adhiere a la postura jusnaturalista que objetaba la guerra contra los infieles como una obra grata a Dios, como una guerra de la Iglesia para gloria de Dios. Podrá fundarse la guerra sobre cualquier otro motivo, lícito o ilícito, pero no por el hecho de ser infieles, pues la jurisdicción de la Iglesia no rige sobre ellos⁷².

Este Voltaire del siglo XVI, según Dilthey⁷³, iba más allá de las opiniones generales. La guerra contra los turcos era todavía más injusta porque "aquellos, en primer lugar, son hombres y además casi cristianos" (*illos primum esse homines, deinde semichristianos*), y tal vez más cercanos al verdadero cristianismo que los más de nosotros; porque –aseguraba Erasmo– "no adoran ninguna clase de ídolos, sino que profesan un medio cristianismo" (*nulla idola, sed dimidiatum habent Christianismum*)⁷⁴.

⁷⁰ En la *Consultatio* son tantas las alusiones a esta idea que es innecesario traerlas textualmente aquí. En cambio, del *Bellum*, que es el más radical de los escritos erasmianos sobre la guerra, vale la pena citar algunos pasajes: *Nos pseudochristiani nihil non rapimus ad occasionem belli* ("Nosotros, pseudocristianos, a todo nos agarramos para coger ocasión de guerra") (LB, II, 962). *Christianorum militia latrocinium fere non militia* ("La milicia de los cristianos no es milicia, sino pillaje") (LB, II, 962). *Si modo vere christianus sit* ("Si acaso existe un verdadero cristiano") (LB, II, 970).

⁷¹ *Sive quia victoriae spem in nostris viribus collocavimus, silve quia non Christi negotium egimus, sed adversus Turcas animo turcico pugnavimus... Turcae pugnavimus cum Turcis* ("ya sea porque la esperanza de la victoria la hemos colocado en nuestros soldados, ya porque no hemos procedido en la empresa de Cristo, la verdad es que hemos peleado contra los turcos con ánimo turco... somos unos turcos que luchamos con los turcos"). *Consultatio...* (LB, V, 350 y 353).

⁷² *Sed objiciunt aliqui ut fas sit christianis adversus christianos bellum gerere, adversus Turcas non licet, quod Paulus neget esse suum de his qui foris sunt judicare, satis habere si de his qui intus sunt judicet. Sed Turcae foris sunt, nec ad Ecclesiam pertinent.* ("Pero algunos objetan que es lícito a los cristianos hacer la guerra contra los cristianos, pero no contra los turcos, porque San Pablo niega que sea tarea suya juzgar a aquellos que están fuera de la Iglesia, teniendo por suficiente juzgar a los que están dentro. Pero los turcos están fuera y no pertenecen a la Iglesia"). *Consultatio...* (LB, V, 355).

⁷³ W. Dilthey: *El Hombre y el Mundo de los siglos XVI y XVII* (México, 1947) pp. 52-53.

⁷⁴ LB, V, 353 y 358 respectivamente. En el *Bellum* encontramos el mismo espíritu:

Es atingente considerar en esta escueta presentación un escrito suyo cuya finalidad no es la que nos ocupa, pero que prueba que el *irenismo* que defendía impregnó todo su pensamiento. En la *Lingua sive de linguae usu et abusu* encontramos un pasaje en el que se aprecia la marca de la guerra religiosa y del esfuerzo de Erasmo por mantenerse fiel a la filosofía cristiana que profesa. Helo aquí:

*"La guerra jamás tendrá fin si nos esforzamos por superar nuestra maldad a la ajena, si al error agregamos otros, si lo que torcidamente ha sido hecho torcidamente lo defendemos, si lo que irreflexivamente se afirma obstinadamente acogemos. Sean los príncipes verdaderos príncipes; sean los obispos, los sacerdotes, los monjes y teólogos verdaderamente lo que se dice: Ovejas, en verdad, sean ovejas de Cristo"*⁷⁵.

El valenciano Juan Luis Vives, a diferencia de Erasmo, era uno de los más entusiastas defensores de la idea de una Europa coaligada entre todos los príncipes cristianos para oponer una defensa efectiva a la poderosa maquinaria militar de los turcos. Todo el *De Europae dissidiis et bello turcico* de 1526 transita en este propósito. Asimismo, la inspirada obra *De Concordia et Discordia in humano genere* de 1529, como la epístola a Adriano I en 1522 *De Europae statu ac tumultibus* y el opúsculo *De Conditione vitae christianorum sub turca*⁷⁶.

La paz fue también su gran preocupación, junto con la defensa irrestricta de la Cristiandad católica. Esta inquietud por la supervivencia del *orbis christianus* implicaba para él, el compromiso de salvaguardar una forma de vida cuyos fundamentos últimos eran sobrenaturales. Las discordias habían puesto en primera prioridad el tema de la paz y los escollos para llegar a ella eran demasiados, pero no había monarca con suficiente poder y ascendiente para lograrla, sino el Emperador. Además, buena parte de la Cristiandad veía en Carlos una figura mesiánica llamada desde la eternidad para enfrentar a este *anticristo* que venía de extramuros.

Nos totam Asiam et Africam ferro paramus extinguere, quum plurimi sint illic vel christiani, vel semichristiani. ("Nos hemos preparado para destruir a sangre toda Asia y Africa cuando los que allí viven, en su mayoría, son cristianos y semicristianos") (LB, II, 967).

⁷⁵ *Numquam erit bellandi finis, si malitiam alienam nostra malitia superare conabimur, si errorem errori addemus, si quod prave gestum est, prave defendemus quod inconsidérate dictum est, pervicaciter tuebimur. Sint principes veri principes, sint episcopi, sint sacerdotes, monachi ac teologi, vere quod dicuntur: oves, vere sint oves Christi* (LB, IV, 750). Está en relación con la exhortación final de la Querela: *si vere oves estis, sequimini Pastorem.* ("Si en verdad sois ovejas, seguid al Pastor") (LB, IV, 642).

⁷⁶ Todos en *Opera Omnia* (Valencia, 1784) tomo VI, pp. 452-481; II, pp. 193-403; II, pp. 164-174; II, pp. 447-460 respectivamente.

Sin embargo, el negocio de la paz en Europa, primer paso imprescindible, era complicado pues sólo "en tanto se pusiera remedio a tantas inteligencias pervertidas y trastocadas y se mitigaran afectos tan diversos" (*quum remedium sit tam varie depravatis ac detortis oppinationibus adhibendum, leniendae ac mitigandae exasperatae affectiones tam multiplices*), se estaría en condiciones de ofrecer una defensa efectiva del orbe cristiano frente al Sultán, bastante más poderoso que cada uno de los príncipes cristianos. Esta división por motivos políticos y religiosos era una herida abierta en el espíritu del humanista valenciano. El más virulento de los cuatro jinetes del Apocalipsis –la guerra– se había enseñoreado con los europeos y era una lacra que venía fustigando a todas las generaciones⁷⁷. La frase del canónico de Cahors que hacia el final del *Trecento* declaraba que *en todo el tiempo de su vida no había visto otra cosa que guerra*, hubiera podido ser pronunciada con toda vigencia tanto por sus abuelos como por sus tataranietos⁷⁸.

Por su parte, el francés Guillaume Aubert escribe a mediados del siglo, *l'Oraison de la Paix*⁷⁹ cuyo objetivo está cercano a la propuesta erasmiana, pues enfatiza en que el primer paso que han de dar los príncipes cristianos es la reconciliación, único medio para alcanzar la victoria sobre los turcos. Dicha reconciliación no podía ser sólo una tregua de hostilidades para co-defenderse, sino una auténtica conversión. Cosimo Filiarchi religioso veneciano, con la anuencia de sus superiores, enunció los argumentos que eran necesarios para una empresa común a todos los príncipes cristianos contra los enemigos de la fe cristiana y para su promoción. El proyecto es un verdadero arsenal de razones para intervenir bajo la autoridad suprema del Papa. La obra puede ser tachada de banal –según A. Gardot–, pero en modo alguno sin valor, puesto que representa la opinión general de la época⁸⁰.

A su vez, Francois La Noue, en su extenso discurso, en el que no hay aspecto de la cuestión turca que no haya sido tratado con acuciosidad –especialmente en lo relativo a los medios materiales de la empresa–, presenta un plan en el que aseguraba que *les Princes Chrétiens étant bien unis ensemble peuvent en quatre ans chasser les Turcs d'Europe*⁸¹.

En Inglaterra, el cardenal Thomas Wolsey (1471-1530), uno de los políticos más sagaces de la época, fidelísimo de Enrique VIII, propuso que las

⁷⁷ *De Concordia...* II, p. 190.

⁷⁸ Citado por M. Mollat: "Los tiempos difíciles (siglos XIV y XV)" en *Historia General de las Civilizaciones* dirigida por M. Crouzet (Barcelona, 1964) III, p. 501.

⁷⁹ Guillaume Aubert: *Oraison de la Paix et les moyens de l'entretenir, et qu'il n'y a aucune raison suffisante pour prendre les armes aux princes chrétiens les uns contre les autres* (Paris, 1559) citado por A. Gardot: *Le Droit de la Guerre*, ADI (Rec. C.; tomo 72) p. 508.

⁸⁰ Cosimo Filiarchi: *Tratto della guerra et dell'unione di Principi* (Venecia, 1572) cap. XXXI en A. Gardot: Ob. cit. p. 508.

⁸¹ "Los príncipes cristianos estando muy unidos, juntos pueden, en cuatro años, sacar a los turcos de Europa". Discurso XII, citado por A. Gardot, *ibidem*.

grandes potencia coaligadas contra los turcos, actuaran bajo la conducción de Inglaterra con Enrique como Arbitro de Europa. *Le cardinal Wolsey* –dice Jan van Kan– *ne cherchait qu'a augmenter la puissance de l'Angleterre, tout en s'efforçant de camoufler son véritable but en lui donnant l'apparence du souci des intérêts de l'Europe*⁸².

Aún cuando se propusieron muchos proyectos para lograr la unidad, ciertamente, todos coincidían en que la figura europea preeminente que podía llevar a cabo el sueño del orbe cristiano era el Emperador Carlos. Sus consejeros y él mismo estaban absorbidos por una especie de mesianismo que se unía a la educación caballeresca recibida por Carlos: era el legítimo unificador de la Cristiandad. Pero, desde el primer momento, quedó planteado el antagonismo que habría de dominar la primera mitad del Quinientos. El "Imperio ecuménico" propiciado por Carlos V, se encontró con el particularismo nacional en la figura de Francisco I, entre otros. La idea de Imperio de Carlos V fue, según la hermosa expresión de Ramón Menéndez Pidal, un *fruto tardío*, pues, como afirma Claudio Sánchez-Albornoz, constituyó una creación retardada que el espíritu medieval español produjo en plena Edad Moderna⁸³, es decir, un intento de sentido integrador en una coyuntura de signo particularista⁸⁴.

El concepto de una "Cristiandad occidental", como una región concebida religiosa, ideológica y políticamente monolítica, y especialmente solidaria, era un proyecto quimérico cuyo futuro trágico se había previsto ya desde las Cruzadas. Las desconcertantes oscilaciones ocasionales de algunos monarcas cristianos no vienen sino a confirmar esta verdad histórica.

Juan Zapolya, un vaivoda de Transilvania, fue llevado al trono polaco por una Dieta reunida en Suthlweissenburgo. Derrotado por su oponente al trono Fernando de Habsburgo, Zapolya requirió los auxilios de Solimán, haciéndose su vasallo⁸⁵. Con esta jugada aquel país se convirtió en un satélite que dejaba las puertas abiertas a Solimán sobre el centro de Europa. Pasando el Danubio en 1529 nadie pudo impedir la caída de Buda. El primer asedio a Viena, ese mismo año, impulsó a la dinastía de los Habsburgo (España y Austria, que eran las regiones que padecían el contacto con el poderío turco), con el apoyo de Polonia y Venecia, a emprender la defensa frente a la expansión turca. Venecia, aunque amenazada en sus lejanas posesiones orientales, practicaba una política asaz independiente y

⁸² "no buscaba sino aumentar el poder de Inglaterra, esforzándose por disimular su verdadero objetivo, dándole la apariencia de buscar el interés de Europa", Jan van Kan: *Régles générales du Droit de la Paix*. ADI (Rec. C.; vol. 66) p. 565-66.

⁸³ C. Sánchez Albornoz: *España y el Islam* (Buenos Aires, 1943) p. 182.

⁸⁴ Roland Mousnier: *Los siglos XVI y XVII en la Historia General de las Civilizaciones* dirigida por M. Crouzet (Barcelona, 1964) IV, pp. 119-120. L. Pastor: *Historia de los Papas* (Barcelona, 1952) X, cap. IX.

⁸⁵ F.O. Brachfeld: *Historia de Hungría* (Barcelona, 1957) pp. 196-202.

mostrábase inclinada a buscar fórmulas de acomodamiento y transacción con la Sublime Puerta. Este esfuerzo que asumió Carlos V, fue visto por Francia como una iniciativa peligrosa y abiertamente imperialista que podía romper el equilibrio político de Europa, especialmente si resultaba vencedor. Detrás de estas maquinaciones antiturcas, Francisco I veía un claro intento de hacer realidad la quimera del Imperio Universal.

Por eso, la actitud de Francisco I de oponerse a este propósito integrador intentando por todos los medios hacer fracasar el proyecto no puede sorprender al conocedor de las relaciones internacionales bajo-medievales. El monarca francés so pretexto de buscar un sistema de coexistencia entre ambos bloques en pugna —cristiano y otomano— sigilosamente estableció vínculos de amistad con Solimán, pero que por temor al escándalo, se formalizaron más tarde. La opinión pública vituperaba las negociaciones con los infieles, de modo que los soberanos no podían gobernar sin asegurarse el apoyo de la misma, so pena de resistencias. Era tal vez otra de las manifestaciones de la tendencia secularizadora en política que a los españoles, y en especial a Carlos V, les era difícil comprender.

Sin embargo, esta actitud no era nueva en Occidente. Italia, la patria primera de la secularización había empezado a experimentar, desde el siglo anterior, un estilo en el manejo de los asuntos exteriores completamente objetivo, libre de prejuicios y de preocupaciones morales. Por ello, abiertamente, sin el menor pudor, varios Estados italianos establecieron relaciones con los turcos en el siglo XV. Se consideraba esto un medio de acción política como cualquier otro, porque ya, para entonces —y quizá lo ha sido siempre— la política era entendida, ante todo, como el cálculo de una relación de fuerzas, el interés considerado ley suprema, y la eficacia el único criterio de la acción. Y no fueron sólo los príncipes los que, llegada la ocasión, juzgaron razonable y conveniente el entendimiento con los infieles, sino también el mismo pontífice. Inocencio VIII detuvo en Roma a Djem Sultán, rival de Bayeceto, y recibió al embajador de éste en audiencia solemne en presencia del Sacro Colegio y los representantes de las naciones cristianas. Ello explica que el tan censurado acercamiento entre Francisco I y Solimán II, que desde 1534 es una alianza abierta y en 1536 un tratado de supremacía comercial en Oriente, no fuera en su género nada nuevo ni inaudito. Tanto así, que el mismo Carlos V tuvo que entenderse con los musulmanes en Tlemcen y Túnez. Su hermano Fernando trató con los turcos y debió pagar tributo a la Sublime Puerta⁸⁶.

⁸⁶ R. Mounier; *Ob. cit.*, passim. J. Burckhardt: *La Cultura del Renacimiento en Italia* (Barcelona, 1964) 1ra. parte, cap. VIII, p. 72, tb. pp. 68-9. Ya antes, en 1503, Venecia había concluido con el Imperio otomano una paz por la cual renunciaba a sus posesiones en Grecia, ocupadas desde su conquista por los turcos en 1499-1500: Lepanto, Navarino, Modón y Corón. Conservaba únicamente la región conquistada de Cefalonia. Por su parte, en 1497, Milán, Ferrara, Mantúa y Florencia se unieron para



En Bolonia se firmaba el 1 de enero de 1530 una paz general entre los monarcas cristianos que tanto pedía la Cristiandad. Los turcos, que ya habían puesto cerco a Viena, urgían el envío de tropas al frente oriental. Victoriosas ofensivas de los ejércitos imperiales en el centro de Europa, más la resonante derrota de Barbarroja en Túnez, terminaron por convencer a los monarcas cristianos de que Carlos V buscaba en verdad, la hegemonía mundial valiéndose de la paz de Europa y del concepto de *universitas christiana*⁸⁷.

La Cristiandad supo, entonces, que la alianza franco-turca era una realidad. Los mismos turcos, aprovechando este impulso, intentaban mejorar su imagen en Europa mostrándose cada vez más tolerantes. Así, en esta Europa dividida por crecientes nacionalismos, comienza a surgir la idea de que el *orbis christianus* está formado por una pluralidad de Estados con intereses diferentes y que dichos Estados deben aprender a coexistir en comunidad. La idea medieval de una jerarquía ordenada de reinos fue sustituida por la de una comunidad igualitaria de naciones libres. Fue la pugna franco-española y la invasión turca por el flanco oriental, lo que motivó a la *intelligentsia* europea a descubrir en la convivencia internacional una mínima conciencia jurídica, la equidad pura traducida a normas internacionales.

Francia, usando una activa propaganda, comenzó a crear un clima favorable a la tolerancia de los espíritus europeos y a quitarle el carácter religioso a la guerra contra los turcos. Había que superar el belicismo de las Cruzadas en una época en que la secularización de la política era ya una necesidad, y, acaso, podía ser la solución para la paz de Europa. No es sino en este contexto en el que hay que comprender la defensa de Francisco I ante el Pontífice Paulo III, respecto de las acusaciones de Carlos V para que éste le excomulgara. En efecto, en 1536 el Emperador expuso en pleno consistorio, dirigiéndose especialmente al Papa, una larga arenga en la que denunció los "crímenes" de Francisco I, único responsable de la guerra, infiel a su palabra y a sus tratados; particularmente el acuerdo de paz de 1530; además, le acusó de estar en connivencia con el Sultán, infiel y opresor de Europa; finalmente, le desafió a resolver personalmente, en duelo público, sus querellas para evitar la guerra de pueblos inocentes. Huelga señalar la inmensa impresión que causó en la Cristiandad tamaño reto, al mejor estilo de la educación caballeresca del Emperador⁸⁸.

comprar la ayuda turca en su ataque a Venecia. J.R. Hale en *Historia Moderna Cambridge* (Barcelona, 1976) vol. I, cap. IX.

⁸⁷ El período en *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. XVIII por M. Fernández Álvarez; de éste, su *Corpus documental de Carlos V* (Salamanca, 1973). H. Lapeyre: *Las monarquías europeas del siglo XVI* (Barcelona, 1979).

⁸⁸ *Historia de España*, ob. cit., vol. XVIII, p. 346-350; 484-488.

El texto de la acusación fue traducido y difundido por toda Europa con gran celeridad. No tardó en venir la respuesta francesa, a escala no inferior en propaganda y usando la impenta y las traducciones, los libros de Guillaume Bellay presentaron a Carlos V como agresor⁸⁹.

El 10 de marzo de 1543, el monarca francés expone una larga carta justificándose de las acusaciones del Emperador, un verdadero tratado teórico de la coexistencia que es, a nuestro juicio, un monumento para la historia del Derecho Internacional y para la historia de la relación entre cristianos e infieles. Parte del documento helo aquí:

Los turcos no están fuera de la sociedad humana, a no ser que digamos que nosotros podemos tener más relaciones con las bestias que con los infieles. Sería desconocer los lazos que la naturaleza estableció entre los hombres. Todos tienen el mismo origen; y nada puede negarse a un hombre de lo que naturalmente concierne a sus semejantes. Si las naciones, las razas y los pueblos están divididos, no es la naturaleza quien los separó, sino las costumbres y los usos. Ciertamente que la afinidad entre los miembros de un mismo pueblo es más estrecha que las relaciones entre los hombres de estados diferentes; pero la separación no llega hasta romper la unión que el parentesco común estableció entre los diversos miembros de la humanidad. Si los lazos de la sangre y de la Patria separasen las sociedades particulares, de la sociedad universal del género humano, sería un mal en lugar de ser un bien. Los errores de los hombres y su imperfección impiden unirse en una misma religión, pero la diversidad del culto lo mismo que la diversidad de costumbres, no destruye la asociación natural de la humanidad⁹⁰.

Este documento muestra el leve cambio de impresión que el orbe cristiano tiene de los infieles. De aquí en adelante, los acontecimientos no irán sino en este sentido: considerar a los infieles como comunidad distinta, con derechos y deberes, aceptando no sólo la posibilidad de su existencia como parte del género humano sino reconociéndole su existencia jurídica y política. La lucha de Felipe II ha de ser vista en esta perspectiva, esto es, que junto con combatirlos, pacta con ellos. Los pactos terminarán por imponerse y los acuerdos implican un reconcimiento jurídico de los turcos.

⁸⁹ A. Gardot: *Le Droit de la Guerre*. ADI (Rec. C., vol. 72) p. 414.

⁹⁰ A. Gardot: *Le Droit de la Guerre* (Rec. C., tomo 72, p. 513). L. Pereña: *De Indis* (Introducción) pp. 40-1. E Nys: *Les origines du Droit International* (Paris, 1919) p. 162.